

LA HIJA DE LA LUNA

POT BENITO SANTA-OLALLA MORENO-CID

Trabajo premiado en el Certamen Literario Nacional que en honor del Angel de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino, se celebró en la Imperial Ciudad de Toledo, el día siete de Marzo del año mil novecientos veintiséis.

Su autor, Sacerdote, falleció y sus restos reposan en Roma.

PRÓLOGO

Si tienes un poco de paciencia, caro lector, voy a referirte una historia muy interesante y peregrina que hace algunos años oí contar no recuerdo si a los dulces murmullos del dorado Tajo una risueña tarde que tuve la dicha de dormirme en sus riberas, o a la parlera lengua de mi loca y extravagante imaginación. Mas sea de ello lo que fuere, pues esto poco importa, pasaré a cumplir mi promesa que es como sigue:

I

Deslizábase por la empinada pendiente del nunca volver el siglo XXX de la creación de cuanto existe y los vírgenes y deliciosos campos en que hoy se yergue majestuosa y gentil nuestra Imperial Ciudad de Toledo aún no habían sido pisados por planta alguna de hombre. Pero amanece un nuevo día y al delicado susurrar de sus arroyos y al débil gemir de sus céfiros sucede el estrépito ensordecedor de caballos que trotan y relinchan y de gritos humanos que se acercan: era una gran familia celta que después de haber visitado las bravas costas del Atlántico cruzaba, siguiendo la exuberante cuenca del Tajo, y conduciendo pingües y numerosos rebaños, nuestra encantadora península Ibérica.



Delante, y como a unas veinte brazas de aquel ingente torbellino de hombres y animales, avanzaba un brioso jinete que, a juzgar por el traje que vestía y por su actitud observadora, denunciaba ser el jefe de aquella gran tribu, al tiempo que el guía y explorador del nuevo campo.

Llegado que hubo a la cima de un pequeño monte, detiene su arrogante corcel y poniéndose en pie sobre los estribos se dispone a observar el horizonte. El montecillo que pisaba era el mismo en que hoy se levanta la invicta Acrópolis de Carlos V, y los campos que miraba los mismos que ahora mustios



y secos en su mayor parte rodean a esta insigne ciudad de Toledo.

Bello y encantador sobre manera debió ser el espectáculo que se ofreció a la contemplación de nuestro héroe: encima, un cielo luciente y claro de tan rara y extraordinaria hermosura, que parecía el asiento cotidiano de los Dioses; a sus pies, una tierra que abrazando al aurífero Tajo, y vestida de mil verdes ornamentos, parece que hacía fiestas y se alegraba de poseer en sí, un don tan rico y agradable; por otro lado, ese mismo río que entretejiéndose dulcemente en los brazos de ella, formaba como de industria mil entradas y salidas que al ser



miradas por aquel bárbaro, le llenaban el alma de placer maravilloso; aquí incultos prados de flores que pueden competir en hermosura con los huertos de Hespérides y Alcinoó; allá, cubriendo los montes vecinos, espesos y sombríos bosques, pacíficos olivos, verdes laureles y acopados mirtos, y por último, y no cediendo en gracia a lo antes dicho, abundosos pastos, alegres valles, vestidos collados, arroyos y fuentes y todo esto formando un tan grande conjunto de delicias, que parecía ofrecer a nuestros bárbaros aquel ameno jardín, que tres mil años antes sus desobedientes padres perdieran.

De esta manera parece haberlo interpretado TOL, que este nombre tenía el arrogante jinete, y así, echando pie a tierra y postrándose en la misma, dió con esto señal a su pueblo de que el lugar escogido por los Dioses para que levantaran una ciudad, era el que en aquellos momentos pisaban. Llegado que hubieron los más forzados de la caravana arrastraron hasta el lugar en que yacía TOL una enorme piedra, y colocando sobre ella un tierno becerro que acababan de herir, le ofrecieron en sacrificio a la rojiza DIANA, que en aquel instante aparecía por el horizonte.

Mientras la bestia se quemaba, levántase TOL, toma de su caballo una cuerda como de unas mil